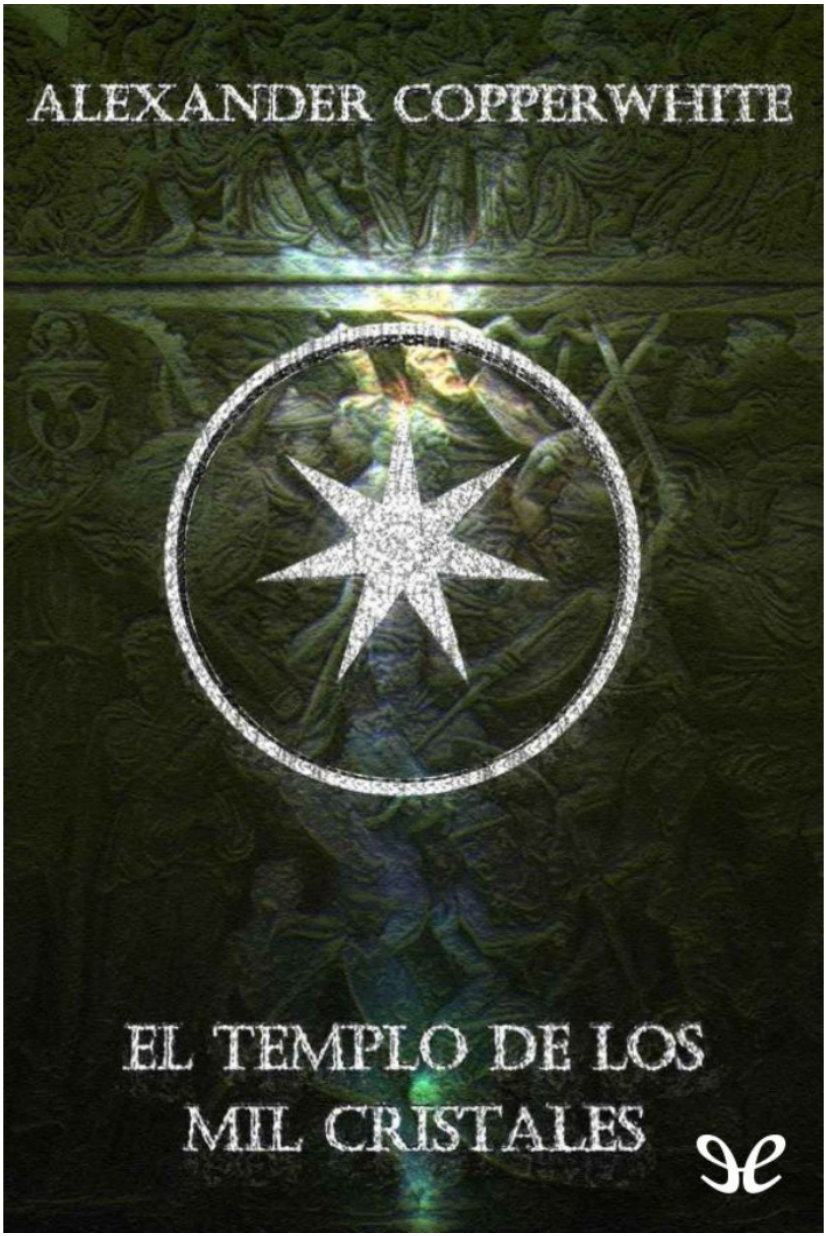
ALEXANDER COPPERWHITE
EL TEMPLO DE LOS
MIL CRISTALES

Arquímedes fue asesinado por espadas romanas durante la caída de Siracusa, pero el imperio necesitaba el trigo que aquellas regiones producía antes de la guerra. Por ello encomendaron a uno de sus discípulos construir un templo imposible de imaginar. Un santuario donde los fieles estuvieran protegidos del exterior, pero a la vez ser capaces de disfrutar de la creación divina. Una obra que devolvería a la ciudad de Siracusa… su anterior esplendor. Pero muchos codician el poder del templo.

Pasados los años, el templo desaparece. La humanidad desconoce su existencia. Pero dos jóvenes estudiantes descubren un cofre antiguo, adornado con bajorrelieves misteriosos, que esconde secretos olvidados.

Un mapa, una secta, un templo imposible de describir, un tesoro. ¿Qué peligros acechan a los intrépidos buscadores de fortuna? Descúbrelo en esta fascinante historia que te transportará a una de las ciudades más misteriosas y enigmáticas de Sicilia.

Alexander Copperwhite

El templo de los mil cristales

Misterios del Manuscrito Voynich

ePub r1.2

Piolin-epubdroid 18.04.2020

Alexander Copperwhite, 2014
Diseño de cubierta: Alejandro A. Blanco
Supervisión general: María del Pilar Meseguer García

Editor digital: Piolin-epubdroid
ePub base r2.1

A mis hijos y a mis sobrinos

SI CREES EN LAS LEYENDAS CON UNA FUERZA DE VOLUNTAD FERREA, ES POSIBLE QUE LA REALIDAD SE CONFUNDA CON TU IMAGINACIÓN.

Esta historia no es verdadera.

Está basada en momentos históricos, pero los acontecimientos descritos nunca ocurrieron, sólo el telón de fondo es verdadero.

La historia se desarrolla en Siracusa, Mesina y localidades cercanas, de la isla de Sicilia, Italia.

Cualquier parecido con los personajes es una mera coincidencia.

I

El discípulo de Arquímedes

A lo largo de la historia, el hombre ha construido templos donde poder reflejar sus creencias y adorar a un ser superior. Muchas veces ha partido de la nada, creando maravillas que casaban con la naturaleza, aunque en muchas ocasiones ha derruido o transformado monumentos ya existentes, ocultando los secretos que aquellos lugares antaño guardaron.

*

198 a. C. Siracusa, Sicilia.

Las cicatrices del asedio sufrido por los romanos aún eran visibles en la ciudad. Ahora formaba parte de un imperio en expansión, bañado con la sangre de los subyugados. Los templos que durante incontables años coronaban las plazas donde los ciudadanos de Siracusa se reunían para montar sus mercados, debatir sobre política y juntarse en sociedad, habían sido reducidos a escombros. Arquímedes, el gran hombre, defensor de su ciudad natal con sus ingeniosas máquinas y con sus conocimientos, estaba muerto. En el transcurso de aquellos primeros años como conquistado, el pueblo de Siracusa, carente de ambiciones y esperanza, vivía el día a día avergonzado por haber perdido el esplendor que en tiempos lejanos dilucidaba.

Hasta que el trigo lo cambió todo.

El Imperio Romano crecía a pasos agigantados y la Segunda Guerra Púnica, recién acabada, terminó por vaciar las arcas públicas junto con los graneros necesarios para alimentar al pueblo. El comercio florecía y los botines capturados cambiaban de manos, reactivando el flujo de los sestercios, la ambición por crear riquezas, el deseo de otros bienes (lujosos y exóticos) y el hambre entre los

desfavorecidos. Los campos de trigo que rodeaban la ciudad recobraban su capacidad de producción con demasiada lentitud. Eso en parte se debía a que los hombres de Siracusa se sentían derrotados, faltos de motivación. Por ello se destinó dinero desde Roma, custodiado por un enviado especial, para construir un nuevo templo en la ciudad con el propósito de devolverle parte de su esplendor y así motivar al pueblo haciéndoles comprender que ahora también ellos formaban parte del imperio que iluminaba el mundo. Roma.

Flavio Aurelio era el encargado de encontrar a la persona idónea para llevar a cabo el proyecto. Después de meditarlo durante muchos días, rechazar incontables candidatos de prestigio y comprender que aparte de necesitar a un hombre capaz, necesitaba un símbolo, se decidió por uno de los discípulos del gran maestro Arquímedes. Apolonio de Pérgamo.

—Es un placer tenerte en mi casa —dijo Flavio Aurelio abriendo los brazos para abrazar al recién llegado.

—Os agradezco la invitación, es un honor —mintió Apolonio que aún sentía animadversión por los conquistadores que asesinaron a su maestro.

El astuto Flavio, curtido entre senadores, generales y demás mentirosos, enseguida percibió el malestar de Apolonio. No era de extrañar. Sabía que una de las tareas a realizar, quizás la más difícil de todas, era la de engatusar al brillante matemático con la visión de un prometedor futuro para las ciudad de Siracusa. De ese modo él también se encargaría de transmitir esa ilusión a sus compatriotas, a sus vecinos y a la obra que representaría la ciudad.

—Por favor, llámame Flavio. No deseo incomodarte, ni mucho menos, tan sólo quiero ganarme tu amistad —se sinceró para romperle los esquemas—. No me mires de esa manera. Yo en tu lugar ni me habría esforzado en sonreír. La verdad es que si te dijera que te comprendo mentiría, pero una cosa sí que es cierta, son muchas las ocasiones en las que me he sentado a observar una negociación entre vencedores y vencidos; reconozco que es inevitable reconocer el sentimiento de superioridad mostrado por los ganadores en contraposición con el sentimiento de vergüenza mezclado con la impotencia de aquellos que se sientan para rendir pleitesía. Es posible fingir mostrándose agradables, amables e

incluso serviciales los unos con los otros, pero lo cierto es que no dudarían en matarse si tuvieran una espada a mano.

Flavio tomó asiento indicándole a Apolonio que le acompañase.

—Estoy casi seguro de que tú harías lo mismo —continuó Flavio mientras una esclava les servía vino en dos copas de plata—. Por supuesto no me matarías con una vulgar daga o un cuchillo corriente. Me imagino una venganza mucho más creativa; como la de ahorcarme entre poleas que se enredan en el interior de un mecanismo lleno de engranajes. Jajaja. Eso sí que lo llamaría yo «una muerte complicada».

—Yo no voy a asesinar a nadie —le aseguró Apolonio.

—Lo sé —asintió Flavio antes de levantarse.

Con la copa en la mano, el manipulador romano se alejó de la mesa para acercarse a un balcón desde donde se veía gran parte de la ciudad. El viento mecía unas cortinas de lino blanco casi transparente, asemejándose a banderas de paz, mientras en un rincón cercano una rama de incienso se quemaba lentamente.

—Acércate mi querido y nuevo amigo —dijo Flavio sonriendo—. Porque aunque tú no lo sepas, somos amigos. Muy pronto lo comprenderás.

—Si tú lo dices —contestó Apolonio con apatía.

—Así me gusta. Que me hables de tú y que te sinceres conmigo.

Al chasquear los dedos la esclava apareció de nuevo trayendo más vino.

—Llena las copas Moretia, que estamos de celebración —anunció dispuesto a brindar—. Por los nuevos amigos.

—Por los nuevos amigos —repitió Apolonio cada vez más confundido.

Lo que veía desde el balcón no le agradaba. Muchas de las casas todavía atestiguaban los estragos de la guerra. Sus paredes, teñidas de negro por culpa de las llamas, parecían lienzos tristes, carentes de cualquier expresión o vivacidad. El olor a quemado las acompañaba. Sí, habían transcurrido varios años, pero los recuerdos de la guerra seguían lacerando la ciudad. Por desgracia la pobreza junto con la escasez de recursos transformaban a la antiguamente gloriosa ciudad de Siracusa en un vertedero humano; en un lugar donde serviría como ejemplo para los demás contrincantes de la todopoderosa Roma. Pero el hambre de la capital del imperio la

necesitaba, o mejor dicho, necesitaba a sus fértiles campos sin arar.

—Deseo que la ciudad recupere su antiguo esplendor —comentó Flavio mirando hacia el infinito—. Y quiero que seas tú quien dé el primer paso. Conmigo. Juntos.

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigado Apolonio.

—Me refiero a levantar la moral, a rejuvenecer el espíritu de la ciudad —dijo señalando con el dedo—. Tenemos la obligación de invitar a que los dioses vuelvan a morar entre nosotros, debemos construirles un templo donde alimentarles con nuestras plegarias para que ellos nos bendigan con la felicidad y la abundancia.

Apolonio escuchaba entusiasmado mientras visualizaba lo que Flavio le proponía.

—¿Sabes qué es lo que veo? —le preguntó el romano.

—¿Qué ves?

—Veo un templo digno de Siracusa, veo un lugar donde entras pero no hay paredes, donde te cubres pero no dejas de mirar al exterior, donde los dioses están más cerca de nosotros que en ningún otro lugar.

Una suave brisa meció de nuevo las cortinas mientras la visión se materializaba en los ojos del joven matemático.

—Ahora también lo veo —susurró Apolonio con la mente perdida en sus pensamientos.

*

Treinta mil obreros trabajaron durante 3.640 días; desde que nacía el sol hasta su ocaso, y sólo cuando coronaba el firmamento. Nunca en la oscuridad. El resto de jornadas no eran adecuadas para tomar mediciones. Los enormes bloques de piedra, unidos con una mezcla de azufre del volcán Vesubio y formaciones cristalinas extraídas desde lo más profundo del mar de Córcega, formaban columnas abiertas que se curvaban hacia las paredes para soportar el enorme peso de la cúpula, sin cerrar el espacio interior. Los ventanales, erguidos como agujas que pinchan el corazón del sol y extraen su energía luminosa, eran adornados con azuladas vidrieras, perlas de Mallorca y diferentes combinaciones de cristales, colocados con minucioso cuidado por el propio Apolonio. Nada quedaba en manos azarosas.

Cada detalle era medido más de doscientas veces; cada metro

era comprobado más de cincuenta; cada curva, cada rincón, cada ápice de la estructura era revisada por el gran maestro. Y al final de cada jornada, poco antes de desaparecer el sol, mandaba a los obreros a sus casas y examinaba los secretos del templo, cerciorándose de que ni un único descuido estropease su gran obra. Su legado. El despertar de Siracusa.

II

La iglesia de los muertos

Más de medio siglo después…

Hacía poco que el cristianismo se había convertido en la religión oficial del imperio romano. A pesar de los intentos del emperador Teodosio, el cambio no fue bien recibido por toda la comunidad siendo imposible evitar los disturbios que se produjeron en muchos barrios de la capital. El eco del cambio tampoco fue recogido de buena manera en muchas de las ciudades que formaban parte del imperio.

En los lugares más apartados, como en Siracusa, los defensores de la antigua religión se alzaron en armas contra el decreto del emperador, aunque en realidad sólo era un pretexto para dar comienzo a una revolución. La lucha por el poder nunca llegó a lavar su rostro. Los avariciosos siempre se aferraban a toda idea que motivaría a las masas en defender una causa, incluso tratándose del mayor disparate que uno fuese capaz de imaginar.

Luego nos encontramos con los desalmados que se aprovechan de los tiempos confusos para apoderarse en secreto de lo que les antoja. Son como ladrones, pero más organizados, más peligrosos. Disponían de información fidedigna proveniente de las altas esferas la cual utilizaban para desviar las miradas de los curiosos, cegar los ojos de los ambiciosos, cautivar a aquellos que dudaban de sus intenciones y acallar las voces que conspiran contra ellos. Porque en realidad no existían, o al menos eso es lo que querían hacer creer a los demás.

Así que los susurros que siseaban en callejones oscuros, rodeados por ventanas cerradas, no era el viento ni los animales callejeros, sino las voces de los hombres que estaban conspirando:

—Llegó el momento —informó un joven encapuchado.

—Date la vuelta —musitó otro encapuchado del que sólo su

larga barba blanca era visible.

El joven obedeció.

—Muéstrame tu espalda —ordenó el de la barba.

Una vez más el joven cumplió con lo que le pedían sin rechistar.

—¡Es cierto! —comentó un tercer hombre, también encapuchado, con apariencia de no creérselo del todo.

Las letras marcadas a fuego sobre la piel del joven se leían con claridad. Ni siquiera la rojez del escozor era capaz de disimular los detalles del mensaje cifrado. En él aparecían los grupos dispuestos a actuar, los puntos que cada uno debía ocupar, las armas que portarían y la hora decidida para comenzar. Detalles oscuros sobre cuáles eran los guardias que en su momento serían de fiar y cuáles debían ser pasados a cuchillo en cuanto se asomasen, si es que se diera el caso. Lo normal sería que mientras la mitad de la guardia luchase contra los fanáticos con el fin de sofocar la inminente rebelión, la otra mitad debía atrincherarse en el palacio del gobernador para protegerle junto a los demás personajes importantes de la ciudad.

—Entonces no disponemos de mucho tiempo. Hemos de prepararnos para la gran noche —dijo el encapuchado de la barba blanca.

—Sí, maestro. Ahora mismo empiezo con los preparativos.

—Muy bien, y tú, joven mensajero, encuentra el resto de grupos e infórmales. Cumple con tu cometido.

Antes de cubrirse la espalda el joven se arrodilló a la espera de una bendición pagana.

—Gracias, maestro —susurró antes de partir.

Ahora, oculto por la negrura de la noche y rodeado de la intimidad que la soledad proporciona, el maestro de la barba blanca se quitó la capucha dejando el rostro al descubierto. Con los ojos de un color rojo profundo, semejante al fuego, miró un antiguo manuscrito que para él era más valioso que el oro. Pasó su mano sobre el valioso tesoro y dijo:

—Por fin el templo de los mil cristales será mío.

*

En la actualidad… a las afueras de Messina…

—¡Claudia, Claudia! ¡Mira lo que he encontrado! —exclamó

extasiado Nino, un joven estudiante de arqueología.

La excavación, patrocinada por la universidad de Palermo, se realizaba con fines educativos más que por otra razón. Como de costumbre, en Italia resultaba difícil no encontrarse alguna que otra pieza histórica, séase de los fenicios, los griegos, los romanos, los tunecinos, los moriscos o de cualquier otra cultura que había caminado por esas tierras. Era habitual encontrar monedas, restos de un *pilum*[1], un casco corroído por el óxido y cosas por el estilo, pero cuando Nino desenterró aquella rareza, los pelos se le pusieron de punta.

—¿De qué se trata? —voceó Claudia, incapaz de disimular su curiosidad.

—Baja la voz o llamarás la atención —le dijo él moviendo las manos.

—Pero si hace un minuto gritabas como un poseso.

—Cierto, pero eso era antes de decidir quedármelo.

—¿El qué? —preguntó Claudia moviendo la cabeza de un lado a otro para conseguir ver lo que su compañero ocultaba.

—Esto.

Nino se hizo a un lado, dejando al descubierto un pequeño cofre de marfil. Los tallados eran de una belleza casi indescriptible, con un detalle que ni los artesanos más hábiles utilizando la maquinaria más precisa serían capaces de reproducir con facilidad. Dos sábanas ondeaban al viento, entrecruzándose y creando en su centro un círculo perfecto con una cruz espinosa en su interior. El borde, diseñado para parecer un marco de madera blanca, daba la impresión de haber sido concebido para imitar una ventana en el tiempo. Media docena de encapuchados rezaban hacia el círculo, otra media docena, plasmados en el lado opuesto, portaban lanzas con un pico que emulaba la aleta de un tiburón, o algo semejante, y por los lados superior e inferior una especie de lodo apresaba los restos de hombres muriéndose, mientras esqueletos, serpientes y águilas se hundían en él.

—¡Es precioso! —exclamó Claudia.

—Sí que lo es. Y siniestro también. Ahora tenemos que encontrar la manera de llevárnoslo sin que nadie se entere.

—¡Estás loco! Eso no sólo va contra las normas, sino que además es ilegal. Si se dan cuenta…

—Nadie se tiene que dar cuenta —la interrumpió Nino—, no si somos cuidadosos.

—No me parece una buena idea.

—¿Qué quieres? Que se lleven esta maravilla a un museo para que la cataloguen antes de meterla en una caja de madera y acabe perdiéndose en un húmedo sótano que utilizan como almacén. Yo prefiero llevármela. ¿Quién sabe lo que habrá en su interior?

Las manos de Claudia empezaron a templar como trapos zarandeándose por el viento. Incapaz de tomar una decisión, se paseaba de un lado a otro intentando pensar con claridad, pero su conciencia del buen hacer era nublada por su curiosidad. *¿Qué hago, qué hago?* —pensaba sin parar—. Miraba el cofre al mismo tiempo que soñaba con historias de tesoros escondidos por un grupo de legionarios rebeldes, con las joyas de una princesa bárbara, o con el botín de unos corsarios tunecinos.

—Sigo sin estar de acuerdo —terminó por decir.

—Pues a mí eso me da igual. Me lo voy a llevar te guste o no.

La chica reaccionó.

—Te meterás en líos.

—Lo que me voy a meter es el cofre debajo de mi chaqueta.

—Además de loco estás tonto. ¿Acaso no ves que se va a notar a la legua? Mejor vuelve a enterrarlo.

—Tú sí que estás mal de la cabeza.

—Te he dicho que lo vuelvas a enterrar. Cuando se haga de noche regresamos para desenterrarlo y llevárnoslo —le insistió Claudia alzando el dedo.

—Ahhh, claro… buena idea.

*

El misterioso velo de la oscuridad sólo era atravesado por la luz lunar. Los dos jóvenes se dirigían hacia la excavación en una *Vespa* ruidosa, aunque muy cómoda. Nino no paraba de contar los minutos, impaciente por llegar al lugar donde volvió a enterrar el cofre. Deseaba averiguar cuál era su contenido, ya que durante los breves instantes que lo tuvo en sus manos no fue capaz de encontrar la manera de abrirlo. A priori no tenía aspecto de tener un cierre de seguridad y a pesar de ello la tapa se le había resistido con firmeza. *¿Contendrá oro, plata o piedras preciosas?* —se preguntaba Nino

acelerando todo lo que el manillar de la moto le permitía para llegar lo antes posible.

En la parte trasera de la *Vespa*, agarrada a Nino, Claudia también ansiaba recuperar el cofre. Su imaginación también galopaba por las praderas de lo desconocido, las enormes riquezas por descubrir, la tentación de lo prohibido y el afán de todo curioso por alcanzar el conocimiento. Pero lejos de preocuparse por los secretos que escondía el cofre, le importunaba más un detalle de carácter práctico.

—Cómo vamos a llevarnos el cofre en la *Vespa* —preguntó Claudia.

—¿Qué has dicho? —gritó Nino que no la escuchó bien a causa del ruido.

—¿Dónde diablos vamos a cargar el cofre?

—*Aaaaa*… eso… lo llevaré delante, en mis pies.

—Estupendo, pero ¿cómo piensas frenar?

—Utilizaré el freno delantero, además, si es necesario bajaré de marcha que también vale.

—Lo que intentas decirme es que las probabilidades de que nos matemos son bastante altas ¿no?

—Tú confía en mí —voceó Nino dándole un par de palmaditas en el muslo—, sé muy bien lo que me hago.

Media hora después habían llegado al lugar de la excavación. Por suerte para ellos, al tratarse de un lugar que carecía de interés arqueológico, el guardia no era un tipo peligroso sino más bien un hombre mayor al que destinaron allí para después jubilarlo. Ni veía de noche, ni veía de día. ¿A quién le iba a interesar unas viejas herramientas?

—Debemos ir con cuidado para que el guardia no nos oiga —advirtió Claudia.

—No tienes de qué preocuparte. Está más sordo que una tapia —aseguró Nino bajándose de la *Vespa*.

Sin más demora, los dos se acercaron al lugar donde estaba enterrado el cofre. Para no tener que complicarse la vida, Nino había cubierto una pequeña pala con un poco de arena del mismo hoyo.

—Date prisa —susurró Claudia.

—Voy… voy —repitió él mientras cavaba.

Pasados unos minutos, Claudia se emocionó:

—Lo puedo ver.

—Entonces entra y ayúdame que pesa lo suyo. No quiero golpearlo sin querer.

Juntos sacaron el cofre del hoyo. Incapaces de resistirse, lo acariciaron en busca de un interruptor, una cerradura o cualquier otra cosa por donde abrirlo. Nada. Entre la tierra incrustada, se ocultaban partes del cofre y la noche no les permitía ver con claridad. Lo único que hicieron fue perder el tiempo.

—Larguémonos de aquí —dijo Nino—, cuando lleguemos a casa lo examinaremos mejor.

—De acuerdo.

Claudia fue la primera en salir, pero cuando el joven dio un salto, la tierra donde se apoyó cedió cayéndose dentro de nuevo.

—¿Estás bien? —susurró ella preocupada.

—Sí, sí… estoy bien. Me he dado con algo duro en la espalda, pero no me he hecho mucho daño. Sobreviviré.

—¿Algo duro?

—Sí, como una piedra o una roca.

—Mira a ver qué es.

—Me da igual. Ya te he dicho que estoy bien.

—Pero quiero saber qué es esa cosa —insistió Claudia—. A lo mejor es otro cofre.

—Ahora que lo dices… —terminó diciendo Nino antes de comenzar a limpiar la dura superficie.

—Parece un bloque de mármol —comentó ella ladeando la cabeza.

—Tienes razón, sólo es eso. Menuda pérdida de tiempo, vámonos de aquí.

—Espera un segundo, creo que hay algo escrito en latín.

—¿Sabrías traducirlo?

—Creo que pone «*Ecclesia defunctorum*».

—¿Y eso qué significa?

—La iglesia de los muertos.

III

El cofre

La aventura de regresar al piso en la *Vespa*, con peligro de que el cofre se cayera y o que la moto se volcara, terminó sin incidentes. Cuando entraron no había nadie, por suerte para ellos, el resto de compañeros de Nino se habían marchado a sus casas durante el fin de semana con lo cual no les iban a molestar.

—¿Dónde dejamos el cofre? —preguntó Claudia.

El desorden evidenciaba con claridad la falta de interés por la higiene. El piso de estudiantes podía calificarse como leonera o como campo de batalla, puesto que la vagancia mezclada con la indiferencia se traducía en el caos absoluto. Por supuesto el hecho de que ninguno de los chicos que vivían allí de lunes a viernes tuviera novia, era quizás el principal motivo para que el piso estuviera patas arriba.

—Espera que haga un hueco.

Nino extendió el brazo sobre la mesa del comedor y de un movimiento tiró todo lo que le estorbaba al suelo.

—Ya está —dijo satisfecho.

En cualquier otra circunstancia Claudia hubiera salido corriendo de allí, pero el interés por averiguar qué escondía aquél cofre le hizo obviar todo aquello.

—Examinemos de cerca el cofre —comentó Claudia—, seguro que se nos ha escapado algo importante. Para empezar deberíamos limpiarlo a fondo.

—Buena idea.

—Me sorprende viniendo de ti —dijo ella con ironía mientras miraba de reojo el desorden.

Nino la ignoró. Decidido a resolver el misterio del cofre, sacó un par de toallas de un cajón y las extendió sobre la mesa.

—Primero quitaré el grueso de la suciedad y después, si es necesario, traeré unos pinceles para repasar los detalles.

En cuestión de minutos los cuatro costados fueron limpiados revelando cuatro escenas singulares. Se trataba de una representación un tanto teatral de los cuatro niveles del infierno. Desconcertados, examinaron cada detalle con mucho cuidado cerciorándose de no obviar rincón alguno. Puede que fuesen jóvenes, pero también eran dos de los mejores alumnos de la universidad de Palermo, especializados en la historia romana.

—Jamás había visto algo así —comentó Nino—. Estoy casi seguro de que pertenece al siglo IX, pero la escena de los legionarios romanos crucificados en el primer nivel me tiene muy desconcertado. La concepción del infierno, tal y como aparece en el cofre, es relativamente temprana.

—¡Tienes razón! —exclamó Claudia—. Primero vemos una representación dolorosa de la muerte, luego las ataduras que les unen con el infierno para siempre, en otro lateral aparecen los pecadores cociéndose en grandes calderas y al final…

—Sí, Satanás en persona. Fíjate, su trono está colocado de tal manera que él puede verlo todo, tanto el inicio como el final.

—El guardián de las torturas —reflexionó Claudia.

—La iglesia de los muertos —dijo Nino entusiasmado—. ¿Recuerdas la inscripción que leíste en el bloque de mármol?

—¡Claro! No era una mera casualidad.

—Alguien había guardado el cofre allí.

—No sólo eso, sino que él, o ellos, erigieron una estructura para protegerlo. El mármol siempre ha sido un material difícil de manejar, ergo era caro, eso significa que fuera lo que fuera el sitio donde lo guardaron, debió de ser importante —conjeturó Claudia.

—Buena hipótesis. Lástima que no dispongamos de medios para probarla.

—Ahora que lo pienso —continuó Claudia—, recuerdo haber leído algo sobre un templo dedicado a los antiguos dioses. Si no me equivoco, trataba de una leyenda donde básicamente se contaba la historia de una transformación.

—¿Una transformación? ¿¡Cómo la de los hombres lobo!?

—*Agghh*, no seas ridículo. Me refiero a una reforma. A lo largo de la historia los drásticos cambios iniciados por la invasión de un

nuevo elemento cultural han inducido a lo que yo llamo transformaciones. Una iglesia cristiana acaba convertida en una mezquita, como lo que sucedió en Constantinopla, la actual Estambul, e incluso un templo construido en honor al dios Sol, es decir al antiguo dios egipcio Ra, ahora es un bloque de viviendas.

—Es cierto, leí algo parecido en los periódicos —asintió Nino arrugando la frente.

—Bueno, centrémonos que me he desviado mucho del tema. Lo que te estaba diciendo era que ese templo se trataba de una verdadera obra de arte. Un lugar cubierto pero abierto a la vez.

—¿Y eso qué significa?

—Ni idea —contestó Claudia—, pero sí recuerdo la parte donde ponía que una antigua orden se aprovechó de una revuelta para hacerse con el control del templo.

—Supongo que lo consiguió.

—Eso decía la leyenda. Los miembros de esa antigua orden adoraban a los muertos…

—… y cuando se apoderaron del templo lo transformaron en la iglesia de los muertos.

—Algo parecido —terminó Claudia entusiasmada.

—Entonces es probable que en el cofre encontremos alguna de sus reliquias.

—O una *antibiblia*, o los restos sagrados de algún sacerdote, o puede que nada.

—¿Sabes qué? Ahora deseo abrirlo más que nunca. El problema es que todavía no hemos hallado la manera de hacerlo —matizó Nino.

Los dos examinaron los bordes, la tapa, cualquier detalle que pudiera ser el orificio de una cerradura, pero no tuvieron suerte. Se fijaron en las talladas miradas de aquellos que formaban parte de un grupo de hombres dirigiéndose hacia un tortuoso descenso, directos al corazón del infierno, y se asombraron con la claridad que el artista llegó a imprimir cada gesto, cada postura, cada expresión. Más que una obra de arte se trataba de una maravilla. Podría describirse como el objeto de un dios viviente o un regalo que había caído del cielo. Impresionante.

—Debemos pensar —dijo Nino rascándose la barbilla.

—Tienes razón. Marear el cofre no hará que se abra, además, ya

estoy cansada.

El joven miró a Satanás a los ojos.

—¡Creo que lo tengo! —exclamó pasándose las manos por la cabeza.

—Entonces ¿a qué esperas? ¡Ábrelo!

—¿Estás lista? —preguntó a la vez que acariciaba la cabeza del maligno.

—Sí, sí…

—Puede que el mecanismo de apertura no funcione.

—Hasta que lo intentes, no lo sabremos —dijo Claudia mostrándose impaciente.

—También es posible que…

—¡Cállate y abre el maldito cofre de una puñetera vez! —gritó cabreada.

—Vale, vale… no hace falta que te pongas así.

Nino presionó la cabeza de Satanás accionando el mecanismo. El clic que sonó aceleró sus pulsaciones, estimuló sus sentidos e inyectó más adrenalina a sus cuerpos.

Después de forcejear con la tapa para despegarla tras años de permanecer cerrado a cal y canto, Claudia abrazó a Nino por la cintura, contuvo el aliento… y lo abrieron.

IV

Viaje a Siracusa

—¡Dios santo! —gritó Claudia— ¡Ahí dentro hay un cadáver!

Nino la apartó con cuidado.

—Déjame ver.

Antes de mirar el joven se cubrió la nariz por si acaso le entraban ganas de vomitar. Achinando los ojos, asomó la cabeza con precaución sin tener claro qué es lo que iba a hacer una vez contemplado el macabro contenido.

—Un momento —dijo él—, lo que hay no es un cadáver sino un trozo de cuero.

—Menos mal —resopló Claudia acercándose de nuevo—, creí que me moriría de pena… o de asco. Yo qué sé. Me ha parecido tan repugnante.

Nino alargó la mano para cogerlo.

—Espera, espera, ¿no pretenderás tocarlo sin ponerte guantes?

—Tienes razón. No debemos contaminar los hallazgos —afirmó él.

—Voy a traer unos guantes de la cocina.

Con las manos cubiertas cogió el cuero cuidadosamente para sacarlo del cofre. Estaba doblado formando un cuadrado perfecto, como si quien lo hubiese guardado pretendiese transmitir un mensaje.

—¿Hay algo más? —preguntó Claudia.

—Una piedra.

—¿Cómo dices?

—Que sólo hay una piedra. Nada más —repitió Nino.

—¡Qué extraño!

Se trataba de una rareza que no se apreciaba a primera vista. Del tamaño de una pera, pesaba poco menos de medio kilo, algo bastante inusual debido a su tamaño. A primera vista daba la

impresión de tener dos partes. La más ancha, era redondeada y con varios cortes en la parte superior; la más delgada se parecía mucho al filo de un puñal, excepto que en vez de tener una hoja de dos lados, una octagonal punta sobresalía de manera muy llamativa.

—Parece un clavo —observó Claudia.

—Ahora que lo dices… puede que lo sea.

—Tampoco estoy muy segura de que sea de piedra —dijo ella con la pieza en la mano—. Más bien se trata de algún tipo de formación salina.

—¿Un cristal? —preguntó Nino acariciando la superficie.

—Es posible, pero no sabría decir de qué tipo.

Dejaron el cristal a un lado para centrarse en el trozo de cuero. Lo primero que observaron fue que a pesar de los años estaba bien conservado.

—Desdóblalo con cuidado —le dijo Claudia.

Primero estiró una parte parecida a la hoja de un libro.

—Creo que es una especie de mapa y por lo visto lo han doblado como tal.

Después de abrir las otras siete partes, el contenido quedó al descubierto. Lo único que les dejó algo preocupados era la forma de los bordes formados por la pieza de cuero.

—¿Te has fijado en el corte del mapa? —preguntó Nino.

—A mí también me parece extraño —contestó ella rozando la esquina superior del mapa.

—¡Madre mía!

—No lo digas, no lo digas —se quejó Claudia dando saltitos a la vez que se tapaba la boca.

—Pero si es piel humana. Me parece fascinante.

—Yo creo que es asqueroso.

—Sin lugar a dudas, aunque debes reconocer que no es habitual encontrar un mapa de estas características —se pronunció Nino mostrando su lado científico.

—Claro que lo reconozco, pero no deja de ser repugnante.

—Imagínate que es cuero de vaca.

—No puedo.

—Entonces vete.

—De eso nada —dijo Claudia lanzándole una mirada asesina.

—Te da asco, no quieres verlo y no quieres irte. ¡A ver si te

aclaras!

—Como se nota que no tienes ni idea de cómo tratar a una chica.

Dicho esto, Claudia cogió el mapa de piel y con una agilidad pasmosa lo desplegó entero.

—Veamos qué nos dice —comentó con una mueca de disgusto dibujado en su semblante.

—Así me gusta… con decisión.

La figura humanoide ocupaba casi toda la superficie de la mesa. Enseguida dedujeron que las marcas oscurecidas habían sido grabadas a fuego sobre la piel de su portador cuando aún estaba vivo. En muchas partes los trazos perdían su firmeza, hecho que dejaba entender que se trataba de un chico joven cuando le quemaron la piel.

—Por lo menos no se le infectaron las heridas —dijo Claudia con cierto tono de alivio.

—No me quiero imaginar el dolor sufrido por este individuo. Debió de ser un fanático o un descerebrado.

—Puede que ambas cosas.

—Eso es cierto —terminó Nino—. ¿Pero qué era tan importante para dejarse torturar de tal manera?

—Fíjate en la línea que rodea las distintas señales.

Un círculo imperfecto recorría gran parte del mapa. En su interior aparecían muchos símbolos como equis, cuadrados, triángulos, líneas y flechas.

—Creo que sé lo que es —aseguró Nino—. Dame un segundo.

El joven trajo de su habitación un portátil cubierto de pegatinas raras. Cuando lo colocó al lado del mapa empezó a teclear sin parar en el apartado de imágenes de Google.

—Aquí lo tienes —dijo satisfecho pasados unos segundos—. Las antiguas murallas de la ciudad de Siracusa. Ves, el diseño es muy similar.

—Es verdad. Entonces lo que tenemos aquí es un mapa de la ciudad. Ahora lo comprendo. Las líneas son calles, probablemente las más importantes, mientras las flechas son el camino a seguir. Los cuadrados deben de ser edificios, puede que no todos, pero los más significativos para que quienes tuvieran que leer el mapa pudieran situarse sin problemas.

—Sólo nos falta averiguar qué son las equis y los triángulos —añadió Nino.

Ambos permanecieron pensativos. Observaron el mapa por todos los ángulos posibles para no perder detalle u omitir la leyenda del mismo; acariciaron la superficie y buscaron una capa oculta; indagaron en internet sobre objetos similares. Pero nada. Hasta que…

—Acuérdate de los planos de guerra que hemos estudiado en la universidad —comentó Claudia—. En muchos de ellos las unidades de combate aparecen como triángulos.

—¡Claro! Cómo no se me había ocurrido antes. Eso significa que las equis son puntos de guardia, aunque también cabe la posibilidad que fuese al revés.

—Eso es lo de menos, lo importante es que ahora sabemos de qué se trata.

—De un plano de guerra —dijo Nino.

—Más bien de un plan de asalto. ¿No lo ves? Es la captura de la iglesia que menciona el bloque de mármol.

—La iglesia de los muertos.

—¡Exacto! —exclamó Claudia.

—Prepárate que nos vamos a Siracusa.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo —afirmó Nino entusiasmado, con la mirada perlada.

V

Callejeando

Realizar un viaje de 170 kilómetros en una *Vespa* no resultaba ni fácil, ni cómodo. Aparte de ir congelados durante las cuatro horas que condujeron de noche, el fastidio de tener que parar y repostar en repetidas ocasiones hizo que el trayecto pareciese aún más largo. No era la primera vez que visitaban la magnífica ciudad, aunque sí iba a ser una ocasión única para ellos al mirarla con otros ojos. Los de un explorador.

Aparcaron en la plaza de la catedral, encontraron una mesa libre en un café cercano y pidieron unos rollitos para desayunar. Entre platos, tazas y cucharas, procuraban la manera de sacar el mapa y reconocer los puntos clave con el fin de encontrar la iglesia perdida.

—¿Cómo conseguimos consultar el mapa sin que lo toqueteemos todo el rato? —preguntó Claudia—. No me parece bien estropearlo, además, tampoco es que me apetezca sacar a relucir un trozo de piel humana; por muy antigua que sea.

—Tienes razón.

Nino sacó con cuidado el mapa, lo extendió entre sus pies y los de Claudia, y le sacó varias fotos con su iPhone.

—Ahora vuelvo —dijo levantándose—. Aprovecha para guardarlo en la *Vespa* porque no volveremos a necesitarlo.

Diez minutos después el joven regresó con unos cuantos folios en A3.

—Viva la tecnología. Sacas unas fotos, las envías al correo electrónico de la copistería para que ellos te las impriman, hacen el zoom necesario y listo. He sacado varias copias, por si acaso.

—¿Cómo no se me ocurrió a mí? —sonrió Claudia.

—Porque no estás acostumbrada a viajar en moto, *jejeje*, por eso —bromeó él tomando un sorbo de café.

Los edificios que rodeaban la plaza, blancos como si hubiesen sido construidos recientemente, transportaban a los visitantes del lugar a otras épocas, donde la dureza de la vida era camuflada por el romanticismo. Unos pocos metros más abajo, frente a la cara sur de la catedral, una gigantesca escultura moderna era literalmente engullida por el antiguo suelo. Sólo se veía parte de la cara, los brazos y las piernas, mientras el resto del cuerpo se suponía que estaba hundido en la piedra.

—Muy ingenioso, aunque no me gusta mucho —comentó Claudia.

—A mí sí me gusta. Creo que da un poco de grima.

—Morboso —dijo ella apretando los labios.

—Sosa —respondió él arrugando la nariz.

Unos críos corretearon cerca asustando a unas palomas que enseguida alzaron el vuelo. Casi pasaron por delante de los dos jóvenes, como si fuesen a estamparse contra sus caras, pero no dejaron de mirarse el uno al otro.

—Bueno —interrumpió Claudia sonriendo—. ¿Por dónde empezamos?

Nino reaccionó tomando otro sorbo de café.

—Por aquí mismo (abrió el mapa). Mira este cuadrado de aquí. Coincide con la cercanía del muro, la orientación, a la vez que aparece alineado con estos otros dos rectángulos, estoy casi seguro de que se trata de la biblioteca comunal, construida al lado de la archidiócesis.

—¿Cómo puedes estar seguro de que esos edificios existían cuando hicieron el mapa? —preguntó Claudia.

—Lo cierto es que no sabría decirte con total convencimiento cuáles son los edificios que representan las figuras geométricas, pero debido a su posición considero que son la opción más acertada. También sé que antiguamente se construía sobre las ruinas de otros edificios, así no sólo reutilizaban el material que necesitaban, sino que simultáneamente aprovechaban los escombros para reforzar los cimientos.

—Esperemos que el factor suerte nos favorezca.

—De eso estoy seguro —añadió Nino—, pero la suerte hay que buscarla —terminó la frase levantándose.

Dejó un billete de diez euros sobre la mesa y señaló la entrada

de la catedral.

—¿Te imaginas lo que sucedió aquella noche?

—¿Por qué hubo de ser de noche?

—¡Qué más da! —exclamó Nino— Día, noche… Lo que importa es la historia.

*

En el pasado…

Los guardias corrían por las calles. Cuando ocupaban las posiciones asignadas por sus superiores, se atrincheraban formando barreras con sus escudos de medio cuerpo. En sus mentes pululaba una palabra, manteniéndoles atentos a todo lo que sucedía a su alrededor. Matar. Les ordenaron matar a todo aquel que intentase superarles o que les atacase. Nada de dudas.

Cuando los ciudadanos se lanzaron a las calles como ríos que atraviesan una presa al quebrarse, los guardias se vieron superados en número. Con las lanzas en mano, inclinaron sus cuerpos dejando caer la mayor parte de su cuerpo sobre sus escudos para así reforzar la frágil barrera. La enfurecida masa se abalanzaba sobre ellos sin miramientos, estaban hartos de la corrupción, el hambre y los abusos. Gritaban, corrían, amenazaban. Hasta que un guardia asustado reaccionó asestando la primera lanzada que impactó en el corazón de una niña de diez años. La ciudad entera aparentó dormirse durante un instante indefinido por culpa de los gritos ahogados, causados por la impotencia de una visión indigna de ser recordada. Entonces la chica se desplomó muerta.

La rabia brotó envenenada por la sed de venganza que endulzaba los paladares de los más indignados. Las mujeres empapaban telas con grasa animal; los hombres lanzaban piedras; los guardias perdieron el control. Cuando las telas alcanzaban a las patrullas, una lluvia de antorchas las prendía, quemando vivo a todo desgraciado que estuviera cerca.

Mientras los ecos de la muerte teñían las calles de sangre, un grupo de hombres, ajenos a cualquier influencia que no fuese de su interés, se dirigía hacia su objetivo. Un edificio con el que iluminar el resto del mundo cuando estuviesen preparados. Un templo rodeado de muros, pero al aire libre; cubierto por tejados, pero con vistas a las estrellas; con columnas para soportar el peso de la piedra, pero ajenos a los ojos del

hombre. Invisibles.

«Los hijos de los muertos» iban a por su iglesia. Evitaban todo lugar donde se estuviera derramando sangre, rodeaban las patrullas y cuando eran acorralados por los disturbios, subían a los tejados para continuar su camino. Era la ocasión perfecta para hacerse con el templo, aunque puede que lo más complicado fuese la tarea de conservarlo al día siguiente.

*

—… te lo imaginas —continuó Nino—. Los héroes luchan por la libertad arriesgando sus vidas mientras unos pocos, aprovechando la confusión, caminan por los pasillos, ocultándose, para lograr su objetivo.

—Los oportunistas dejando que el pueblo se muera, mejor dicho.

—Exprésalo como quieras —dijo él levantando los hombros con indiferencia—. Eso pasó hace mucho, ahora lo único que importa es encontrar la iglesia de los matados.

—De los muertos —le rectificó Claudia.

—Eso, de los muertos.

—Ahora que crees haber situado las marcas del mapa ¿dónde supones que se encuentra lo que buscamos?

—Lo habitual es que la equis marque el lugar, pero las que aparecen aquí son puestos de guardia o barricadas. Ahora, si seguimos las flechas que marcan el camino a seguir ¿qué es lo que vemos?

—Nada. Las flechas terminan en un lugar donde no pone nada —indicó Claudia.

—¡Exacto! No hay nada porque cuando algo es muy importante no es necesario ni mencionarlo. Esa «nada» que vemos en el mapa es el lugar donde se encuentra lo que buscamos.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, en la *Fontana di Piacha Arquimede* [2].

VI

Nada

Siracusa olía a mar. Bañada por las aguas del Mediterráneo, la ciudad respiraba aires de libertad mientras era abrazada por el cálido sol que transformaba los atardeceres en magníficas obras de arte, dignas de ser retratadas por los mejores pintores. La sombra que arrojaban los edificios era engañada por las preciosas farolas que continuaban desvelando los secretos de los misteriosos rincones de las calles. Pero no todo estaba a la vista del ojo despistado, a veces sólo una avezada mirada era capaz de levantar los mantos que protegían aquellos enigmas olvidados por el paso del tiempo.

La plaza era muy sencilla. Coronada por la preciosa *Fontana di Artemide*[3], el resto se podía describir con dos palabras: carretera y edificios. Cierto que el entorno mantenía el toque clásico que vestía la mayor parte de la ciudad, pero el simplismo del lugar les llamó mucho la atención.

—Me esperaba ver algo grandioso. No sé, realmente espectacular —comentó Claudia ladeando la cabeza.

—Anda que yo.

—Puede que sea uno de los edificios de nuestro alrededor.

—Ninguno tiene pinta de iglesia. No hace falta observarlos con demasiado detenimiento para darte cuenta de que se tratan de administraciones sin gracia. Seguro que en su día fueron concebidas para tal propósito.

—Lo único hermoso es la fuente —señaló Claudia.

—Precisamente eso es lo que me llama la atención.

—¿La fuente?

—No, el hecho de que sea tan singular.

—¿Crees que la iglesia es la fuente?

—No, pero es posible que nos estemos equivocando desde el

principio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Claudia.

—Es muy sencillo. Desde el principio nos hemos propuesto encontrar una iglesia. La cuestión es ¿deberíamos buscar otra cosa?

—¿Como qué?

—Como un pato sin plumas —contestó Nino agachando la cabeza.

—Reconozco que la pregunta ha sido algo ingenua, pero no es necesario que te burles de mí.

—Tienes razón, perdóname —se disculpó él cogiéndola de la mano—. Es que estoy cansado y un tanto decepcionado, eso es todo. No pretendía pagarla contigo.

—…

—¿Sabes qué? Para compensarte te invito a quedarnos esta noche en la ciudad. Puede que por la mañana al observar el panorama con la mente descansada se nos ocurra una nueva teoría, ¿qué te parece?

—De acuerdo, pero en habitaciones distintas.

—Vamos, sabes muy bien que el dinero no me sobra, además, después de tanto tiempo juntos deberías confiar más en mí.

Claudia le miró de reojo.

—Por eso mismo, porque te conozco demasiado —contestó, pero no se negó a compartir habitación.

*

La separación entre las dos camas individuales se le antojaba un océano entre dos continentes. Cuando se registraron Nino no quiso fastidiarla presionando a Claudia con compartir una habitación de matrimonio, así que directamente solicitó un cuarto para dos. Por muy atrevido que fuera sabía que no debía propasarse o perdería a una buena amiga en vez de ganarse un ligue. Y para él ella era mucho más que eso. Desde el primer día que la conoció acabó perdiéndose en sus floridos ojos de un verde profundo que recordaba las primaveras en la Toscana. *Claudia, Claudia, Claudia* —susurraba en su mente—. Respiraba con dificultad pensando en lo cerca que se encontraba, pero en lo lejos que se le hacía con ese enorme pasillo de por medio. Un metro escaso, pero les separaba igual que un inmenso acantilado en medio de un desierto. A veces

aguantaba la respiración sólo para poder escuchar el aire que se escapaba de sus labios. Esos labios carnosos, semejantes a dos esponjas empapadas por los salivados aromas de su boca. Soñaba despierto con la piel de seda y con la escasa ropa que la cubría en aquel momento. Unas braguitas negras arropaban su sexo mientras el apretado sujetador se forzaba en mantener sus voluptuosos pechos a salvo de las miradas lascivas. Su mirada.

Un océano de un metro le separaba de la mujer más hermosa e intrigante que jamás había conocido, y un océano de un metro se interpondría entre ellos hasta el día que ella le invitase a cruzarlo.

*

A la mañana siguiente Nino desayunaba delante de la fuente, solo. Tomó la decisión de no despertar a Claudia. De todos modos, él no fue capaz de dormir demasiado, mareado por los pensamientos amorosos entremezclados con el misterio que llevaban entre manos. A pesar de ello, nunca olvidaría aquella noche. La primera que había pasado junto a Claudia.

—¿Qué te has pedido?

Nino giró la cabeza sonriendo.

—Buenos días dormilona —le dijo a Claudia—. Tienes mala cara.

—No he sido capaz de adaptarme al colchón.

—Claro, claro. A mí me ha pasado exactamente lo mismo. No iba yo a decir ahora que me he pasado la noche en vela porque no he dejado de pensar en ti. Anda, siéntate. Te recomiendo que pidas un capuchino acompañado de un trozo de bizcocho que lo hacen casero o al menos eso me ha dicho la camarera.

Claudia se sentó a su lado disimulando lo contenta que estaba.

—Te haré caso —contestó—, me tomaré lo mismo que tú.

—En cuanto terminemos de desayunar volveremos a casa, ¿te parece?

—¿No podemos dar un paseo por la muralla? Hace un día maravilloso para disfrutar del mar.

—Buena idea, pero no quiero que se nos haga muy tarde. Que luego hay que conducir.

—Qué pena que no hayamos encontrado la iglesia —resopló Claudia decepcionada—. Supongo que es lógico.

—Claro. Si lo piensas suena absurdo buscar una iglesia en el centro de una ciudad esperando que nadie la haya visto desde hace siglos.

—*Jejeje*, pues sí que suena absurdo, aunque ha sido bonito dejarnos llevar por la emoción.

—Nos lo hemos pasado bien… eso es lo que cuenta.

La melancolía se transformó en un silencio que atrajo sus miradas. Permanecieron pensativos, absortos por un sinfín de emociones que no eran capaces de comprender. Un roce de manos partió el tiempo en dos. Ahora en aquel bucle se encontraban los de afuera, que iban y venían ajenos a la existencia de los demás, y ellos dos, paralizados por el deseo de conocerse.

*

—De dónde vienes —dijo un anciano sentado en una mesa cercana a otro hombre que se le acercó.

—De limpiar el túnel —contestó él.

—¿Cuál ha sido esta vez?

—El que desemboca por debajo del castillo. Menos mal que los construyeron grandes.

—Sí, hace siglos sabían cómo hacer las cosas bien —continuó el anciano—, no como ahora.

—Bien, pero bien. Ahí abajo cabe mi casa, la tuya, la de mi primo… vamos, que es enorme. Bueno, me tengo que ir, si mi jefe se entera de que no estoy trabajando, me pone falta.

—No trabajes demasiado —bromeó el anciano.

*

La magia del momento entre los dos jóvenes se perdió.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Claudia.

—Lo dudo mucho.

—No me refiero a nosotros dos.

—Sé a qué te refieres, sólo bromeaba —dijo Nino—. La verdad es que no sería ninguna locura.

—La iglesia no se encuentra en la plaza, sino bajo ella.

—Sin cimientos de edificios, sin obras, sin complicaciones. Un hueco donde esconder un edificio. Tiene sentido.

—Ahora queda encontrar el modo de bajar ahí abajo —añadió

Claudia mirando fijamente hacia la fuente.

Nino levantó la mano con la intención de avisar a la camarera.

—Perdona, ¿nos traes la cuenta por favor?

—Ahora mismo, señor —asintió la camarera amablemente.

—Y una cosa más, ¿sabrías decirnos dónde podemos conseguir una visita guiada por los subterráneos de la ciudad?

—No existe tal visita. Allí abajo sólo pueden ir profesionales. Es muy oscuro y húmedo, aunque también misterioso.

—¿A sí? —intervino Claudia—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—*Jejejeje*, os contaré un secreto porque parecéis una pareja muy agradable. ¿Veis el edificio viejo que está a vuestra derecha? Ahí hay una trampilla que conduce a los túneles. Mi novio y yo bajamos de vez en cuando, *jejeje*, ya me entendéis —terminó guiñándoles un ojo.

—Gracias por el secreto —sonrió Nino—. Quédate con el cambio.

Cuando se levantaron lo tenían claro. Se dirigieron hacia el viejo edifico, que parecía abandonado, y empezaron a explorar el interior. Emocionados de nuevo, pero sin darse cuenta de la intensa mirada del anciano que no les perdía de vista.

—No te lo vas a creer —dijo el anciano por el móvil—, dos jóvenes están buscando la entrada de los túneles que lleva bajo la plaza. Lo peor de todo es que tengo la sensación de que no van en busca de emociones amorosas, sino de algo diferente. Saben algo que no deberían. No pierdas el tiempo y avisa a los demás.

VII

Túneles

Cuando dieron con las escaleras que conducían a una especie de bodega destrozada, creyeron encontrar la entrada hacia los túneles. Una pila de cajas de madera vacías ocupaba la parte derecha de las escaleras, mientras en la parte izquierda asomaban los petates de un par de vagabundos. En el fondo no se veía nada, sólo la oscuridad. Incapaces de distinguir el final de aquella bodega, encendieron sus móviles y se dirigieron hacia dentro con mucho cuidado.

—Mira bien por donde pisas —dijo Nino sujetando a Claudia de la mano.

De repente notaron como la firmeza del suelo se perdía para convertirse en algo más flexible.

—¡Qué raro, tengo la sensación de estar caminando sobre madera! —exclamó Claudia sorprendida.

—Tienes razón.

Se agacharon con la intención de observar el suelo desde más cerca, pero un crujido les aterrorizó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nino.

Los brazos de Claudia, aferrándose a su cuerpo como las tenazas de una langosta cuando atrapa a su presa, no le permitían moverse.

—¿Habrán sido los vagabundos?

—No lo sé —contestó él—, pero no pienso quedarme en la oscuridad sin hacer nada.

—Volvamos arriba. Deberíamos comprar un par de linternas y después regresar.

—Buena idea.

Antes de dar otro paso, otro crujido se escuchó en el fondo.

—Esto no me gusta —dijo Nino preocupado.

De pronto una serie de crujidos les rodearon. El suelo temblaba, la madera chirriaba, un polvillo se levantaba y sus corazones

palpitaron con fuerza a causa del miedo.

—¡El suelo está cediendo! —gritó Claudia.

Y antes de poder reaccionar cayeron en un agujero donde sólo existía la oscuridad absoluta.

*

Pasados unos minutos una sensación de angustia se apoderó de las emociones de Nino. No veía nada. El ataque de tos seca le hizo comprender que una polvareda le impedía respirar con normalidad. *Será mejor no moverme mucho antes de saber dónde estoy* —se dijo a sí mismo—. Enseguida pensó en Claudia. Un temor recorrió sus emociones causándole un insoportable sufrimiento.

—¡¡¡Claudia!!! —gritó desesperado.

Al no obtener respuesta decidió no quedarse quieto y, sin importarle su seguridad, se puso de pie mordiéndose la lengua, aguantando estoicamente el dolor.

—¡¡¡Claudia!!! —gritó otra vez.

—Estoy aquí —le contestó ella tosiendo.

—¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien.

—Quédate donde estás, pero no dejes de hablarme. Así te encontraré.

—De acuerdo —contestó al mismo tiempo que no dejaba de toser.

—Procura respirar despacio y tápate la boca con la manga. Eso impedirá que tragues más polvo.

—Buena idea…

Antes de terminar la frase, Nino ya la había encontrado. Se abrazaron en la oscuridad, aliviados de no haber sufrido ningún daño aparente.

—¿Dónde estamos? —preguntó Claudia.

—Supongo que en uno de los túneles de la ciudad. ¿Llevas tu móvil en la mano? El mío se me cayó cuando cedió el suelo.

—Yo tampoco sé dónde está.

—A ver si me calmo y pienso con claridad.

Claudia le acarició la cabeza.

—Seguro que se te ocurre algo.

—Si sólo pudiera encontrar un móvil de los…

«Ti tiri tiri ti ti ti tiri tiri»

—¡Pero si es la ridícula melodía de tu teléfono! —exclamó Claudia.

—¡Ya lo veo, no te muevas de aquí!

A unos pocos pasos de donde se encontraban distinguió la luz que parpadeaba. Miró la pantalla para ver quién era el héroe del momento y sonrió.

—Hola mamá.

—…

—Estoy bien mamá, pero ahora no puedo hablar contigo que me queda poca batería. Luego te llamo, ¿de acuerdo?

Enseguida marcó el número de Claudia. El *rinrineo* desveló la ubicación del otro teléfono.

—Ya lo tengo —avisó Claudia.

—Muy bien, ahora ven hacia mí… con cuidado.

—¿Por qué no le dijiste a tu madre que necesitábamos ayuda? —le preguntó Claudia cuando estaba a su lado.

—Mira hacia allí.

Cogiéndola del hombro le señaló un punto en la oscuridad, parecido a una puerta. Echando un vistazo rápido, se dieron cuenta del desastre que provocaron. El piso superior, de madera casi podrida, se había caído de una sola pieza creando una especie de rampa, con lo cual si querían salir sólo debían subirla con mucho cuidado. Conforme la polvareda se disipaba la escasa luz proveniente de arriba cobraba fuerza permitiéndoles avistar los destrozos que les rodeaban.

—Es posible que nos encontremos a escasos metros de lo que andamos buscando.

—¿A qué esperamos? —dijo Claudia con firmeza, restándole importancia a lo sucedido.

La puerta, de una considerable robustez, había sido dañada por el impacto quedando medio abierta. Juntos la empujaron con fuerza obligándola a ceder entre chirríos de bisagras y crujidos de madera vieja.

—¿Es esta la iglesia? —preguntó Nino.

—Espero que no…

Ocho pilares, distribuidos de forma circular, soportaban el peso de la plaza, mientras refuerzos curvados unían las paredes laterales

con el suelo. El espacio era enorme, aunque lo más destacable de todo aquello era el inmenso vacío.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó Claudia.

—Qué raro me parece —comentó él a la vez que exploraba aquel lugar.

—¿Por qué lo dices?

—Demasiado espacio, ¿no te parece?

—Ahora que lo dices, da la sensación de que aquí guardaron algo muy grande.

—¿Crees que alguien ha podido trasladar un edificio entero? —dudó Nino.

—Si se tomaron la molestia de ocultarlo aquí abajo durante siglos, ¿por qué no iban a realizar un traslado?

—Dicho así, me parece una explicación razonable dentro de lo insólito que pueda sonar.

—¿Insólito? ¡Más bien descabellado diría yo! —exclamó Claudia.

El ruido de unos pasos dirigiéndose hacia ellos les alarmó.

—Son dos —se escuchó la voz de un hombre—, un chico y una chica. No han llegado hasta aquí por causalidad. Estoy seguro de que han venido a inmiscuirse en nuestros asuntos.

—¿Qué quieres que hagamos con ellos? —preguntó otro hombre.

—Bajo ningún concepto permitiré que unos adolescentes descubran nuestra existencia. ¿Ha quedado claro?

—Entendido —contestó el segundo a la vez que se escuchó el siseo de otras voces.

Nino, situándose delante de Claudia con la intención de protegerla, oteó los alrededores en busca de un plan de huida.

—Regresemos a la casa abandonada —susurró con la intención de no delatar su posición—, con un poco de suerte subiremos por el suelo derrumbado.

Claudia asintió sin mediar palabra, pero cuando se acercaron a la puerta escucharon a otro grupo de hombres.

—Han entrado por aquí —dijo uno.

—Fijaos bien por dónde pisáis —advirtió otro.

Los dos jóvenes acabaron apoyándose a la pared sin saber cómo reaccionar. Por uno de los túneles se acercaba un grupo que iba tras

ellos, mientras por donde habían venido se aproximaban más hombres. Empezaron a bordear la pared en busca de otro corredor o una puerta por donde poder escapar. La piedra fría se les pegaba en los costados, el ruido de los coches circulando por la plaza, situada por encima de sus cabezas, les recordaba lo cerca que se encontraban de la civilización, pero lo difícil que era llegar hasta ahí, y mientras las amenazadoras voces de los desconocidos parecían acercarse, sus corazones palpitaban con fuerza repartiendo el miedo por todo el cuerpo.

—No te detengas —susurró Nino.

Con la mano pegada a la de Claudia, palpaba la pared sin apartar la vista de todo lugar donde llegaba la luz.

—Sácame de aquí —musitó Claudia desesperada.

Nino mordía sus labios con la sensación de haberle fallado. Su obsesión por meterse en todo lo que no era de su incumbencia terminó por poner en peligro no sólo su vida, sino la de Claudia también. Los remordimientos no le dejaban ordenar las ideas. No estaba seguro de si tirar hacia la derecha o correr hacia la izquierda. Seguían caminando cerca de la pared sin un plan de salida, sin saber hacia dónde ir, sin estar seguros de escapar ilesos.

—Un momento —susurró al dar con un canto en la pared—. Aquí hay un agujero.

—¿Es una salida? —preguntó Claudia.

—O una entrada, pero prefiero arriesgarme ahí dentro a que nos atrape esta gente.

—¿Y si no son peligrosos?

—Puede que tengas razón, aunque no me fío de unos tipos que pertenecen a una iglesia dedicada a los muertos.

—Tienes razón —asintió Claudia—, probemos suerte en el agujero.

Pero antes de meterse el teléfono sonó:

«Ti tiri tiri ti ti ti tiri tiri»

—¡Qué oportuna mi madre! —exclamó Nino apagando el teléfono de inmediato.

—Por aquí —voceó uno de los hombres.

Tras dar dos pasos en el interior de aquel lugar se toparon con una pronunciada pendiente.

—Sujétate para no caerte —dijo Nino.

—¡*Ahhhhhhhhhhh*!
Y los dos descendieron por el agujero…

VIII

¡Corre!

¡Oscuridad! ¡Pasos! ¡Miedo! ¡Ruidos! ¡Desconocido!

Las ratas corrían a esconderse, o eso era lo que querían creer, emitiendo chillidos que se les clavaban en la sien atormentándoles. La escasa luz de los móviles de poco les servía. Limitándose a correr por aquellos lugares que, en aquel momento, suponían más accesibles, los dos jóvenes terminaron perdiéndose en el interior de una inmensa telaraña de túneles sin saber hacia dónde dirigirse. La basura apestaba, las defecaciones se les pegaban en los zapatos aumentando el peligro de resbalarse, las paredes se les caían encima. No disponían de tiempo para meditar sobre el camino que debían tomar, ni sabían qué les depararía el siguiente giro o la siguiente ramificación, sólo corrían como almas en pena huyendo del diablo.

Con la respiración agitada, recorrían los angostos corredores de estiércol humano. La poca luz les ayudaba a seguir, aunque también les confundía. Las sombras que ellos mismos proyectaban les generaban más angustia, obligándoles a acelerar el ritmo, a ser más torpes. El goteo de las tuberías, el fluir del agua, el eco de sus propios pasos; todo se mezclaba convirtiéndose en un enrevesado bucle en el interior de sus cabezas, haciéndoles recordar escenas de macabras películas con dudoso final feliz.

—No puedo más —jadeó Claudia.

—Debemos seguir —insistió Nino también fatigado.

—Paremos durante un minuto y pensemos en lo que vayamos a hacer. Creo que no podemos estar más perdidos.

—De acuerdo, puede que tengas razón.

Cuando se detuvieron el panorama era desalentador. Desorientados y sedientos, comprendieron que estaban atrapados.

—¿Por qué no intentas llamar a tu madre? —dijo Claudia

convencida de que aquello era la solución a sus problemas.

Nino sacó el móvil de su bolsillo.

—Maldita sea, no tengo cobertura. Prueba con el tuyo.

—Yo tampoco tengo señal.

Con las piernas mojadas, el frío les abrazaba desde abajo estrujándoles el estómago donde el malestar se sumaba a los nervios. Ahora también eran conscientes del dolor. Conforme la adrenalina se diluía en la sangre la cordura calculaba la situación.

—No quiero morir aquí abajo. Entre la mierda —sollozó Claudia.

—Ni se te ocurra repetir lo que has dicho. Ya verás cómo enseguida damos con una salida. Ten en cuenta que nos encontramos muy cerca del mar, así que los túneles no deben de ser muy extensos.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo puedes dudar de ese dato? Si tú conoces esta ciudad mejor que yo.

—Es cierto que no debemos estar lejos de una salida o un lugar cerca del mar.

—Claro, lo que significa que tarde o temprano llegaremos a alguna parte.

Con los ánimos renovados, Claudia dijo:

—¿Entonces a qué esperamos?

—Tienes razón, ya hemos descansado lo suficiente. Propongo que intentemos caminar en línea recta y si hemos de girar que sea una vez a la derecha y una vez a la izquierda, así seguiremos caminando hacia la misma dirección.

—De acuerdo.

Con los nervios templados analizaron su situación de distinta manera. Los túneles seguían siendo un lugar horrendo, apestoso y asqueroso, pero la sensación de impotencia mezclada con el miedo había desaparecido. Guardaron uno de los móviles, para tenerlo de repuesto en el caso de que no hallasen una salida antes de quedarse sin batería, señalaron el punto exacto donde se encontraban con un trozo de tela, por si se diera el caso de estar dando vueltas, y siguieron por el camino agarrados de la mano.

—¡¿Oyes eso?! —dijo Nino después de un rato caminando.

—¡Sí, lo oigo!

Ninguno de ellos pensó que algún día se alegrarían tanto de escuchar el ruido del tráfico.

—Por aquí veo una luz que atraviesa una tapa del alcantarillado —asintió Nino rebosando de alegría.

Subieron una escalera metálica, empujaron la tapa con fuerza, la golpearon unas cuantas veces porque no lograban abrirla, volvieron a empujar con más fuerza, hasta que lo consiguieron. El aire del exterior les pareció puro, limpio, impoluto, como si no estuviese contaminado del CO_2 de los coches, de la basura que habitualmente tira la gente o de los desperdicios más comunes de una ciudad.

—Lo hemos conseguido —susurró Claudia sin poder creérselo.

—En algunos momentos pensé que no saldríamos con vida.

—Yo también lo pensé, pero aquí estamos, sanos y salvos.

—Bueno, sanos aunque con mucha mierda por encima —bromeó Nino mirándose de arriba abajo.

—Nada que una buena ducha no sea capaz de remediar —contestó Claudia sonriendo.

—Hablando de duchas, me muero de sed.

—¿Qué te parece si nos acercamos a esa cafetería, nos tomamos algo y de paso les preguntamos hacia dónde está la *Piacha Arquimede*?

—Fantástico. Estoy deseando beber algo fresco, arrancar la *Vespa* y marcharnos de aquí.

—¿Y la ducha?

—Cuando nos hayamos alejado de la ciudad encontraremos una pensión donde ducharnos y pasar la noche si nos apetece.

IX

De noche

La pensión se llamaba «Ruinas de Roma». Situada a casi cincuenta kilómetros de Siracusa, se trataba de una coqueta edificación en medio de un campo con vistas a la playa, donde la naturaleza calmaba los ánimos e incitaba a la reflexión. Eso sí, lo único ruinoso que tenía era el nombre, porque por lo demás podría considerarse como un establecimiento idílico, rozando lo perfecto. La recepción, algo pequeña, no decía mucho, pero cuando el amable dueño les acompañó hasta la habitación los dos quedaron estupefactos. Muebles de diseño, cortinas de color amarillo que filtraban los rayos del sol pintando las paredes de un tono dorado brillante, el suelo de parquet, las sábanas de una textura parecida a la seda, y la cama… enorme. De matrimonio.

¿Qué importaba el mundo o lo que contenía? La vida se saboreaba en el aquí y el ahora. La timidez, el juego, la picardía. Todo formaba parte del arte de enamorar, pero ahora había llegado el momento de dar otro paso, de disfrutar del placer que la carne evoca al rozarse, al mojarse, al unirse.

El sol se escondía tiñendo la pequeña habitación con tonos verdes, lila y rosa, mientras los perfumes del mar hinchaban los pulmones de los dos enamorados que acabaron besándose apasionadamente. Con los cuerpos envueltos por aromas lavanda, miel y leche, los del champú de la pensión, se acariciaban con las yemas de los dedos como si tuviesen miedo de despertar de un sueño profundo. Sus cabellos, entrelazándose con cada roce, cada suspiro, cada gesto amoroso, les transportaba a lugares que el cerebro suele interpretar como placenteros. El fruto prohibido era tocado una y otra vez, acariciado, adorado y endulzado con los jugos corporales.

Abrieron los ojos para encontrarse con la mirada convirtiendo en

realidad aquel sueño lejano. Se detuvieron. Desearon mostrarse comprometidos uno con el otro, aclarando sin palabras el hecho de que ya no estaban solos, sino que se pertenecían, se complementaban. Entrelazaron los dedos. Hablaron sin voz durante muchos minutos, contándose todos los anhelos que se apoderaron de sus sentidos desde el momento que se vieron por primera vez, confesándose los secretos que se guardaron durante el tiempo que estuvieron juntos, aunque separados.

—Te quiero —susurró Nino—. Te quiero desde el primer día que te conocí.

—Yo también te quiero —suspiró Claudia acariciándole los labios.

Hasta que se fundieron en un solo cuerpo.

*

El placentero sueño ocupó el lugar de cupido, que ahora descansaba bajo las revueltas sábanas. Nino, perdido con la visión del cuerpo de Claudia, luchaba por no cerrar los párpados. No quería perderse ni un solo instante de aquel momento, aunque por desgracia la madre naturaleza le obligó a levantarse para ir al wáter.

Observó su rostro en el espejo satisfecho de sí mismo, estirándose la piel mientras sacaba la lengua para examinársela. Se lavó las manos y la cara preocupado por despertarse del cuento que estaba viviendo, aunque su corazón le dictaba la realidad. Todo era de verdad. No se trataba de jugarretas de su imaginación descontrolada o de una simulación online para mentes de poca fe, sino del placer contrastado cuando lo real supera la ficción.

—No la fastidies con ella —se dijo a sí mismo mirándose al espejo.

Se secó, estiró los brazos y abrió la puerta con la intención de volver a la cama.

—¡Qué está pasando aquí! —dijo antes de desplomarse.

*

—¿Le ato? —preguntó uno de los hombres.

—No hace falta —contestó quien parecía el cabecilla.

Los cuatro hombres limpiaron todo aquello que habían tocado para no dejar rastro de su presencia, antes de enrollar a cada uno de

los jóvenes en una alfombra. El más bajito de todos, el del rudo semblante, señalaba con el dedo los lugares a limpiar, los objetos a llevar y la hora que marcaba el reloj. Se trataba de Ernesto, un maestre de segundo grado de la orden de los muertos vivientes. Los otros tres sólo eran soldados de último grado, no demasiado inteligentes aunque muy útiles llegado el momento de actuar en eventos «especiales», como a él le gustaba llamarlos. Hasta parecían sacados de una fábrica. Con el pelo corto, morenos, de rasgos finos, músculos fuertes y patas largas. Perfectos para efectuar manualidades, despropósitos u otros menesteres.

—Tened cuidado de no hacerles daño —ordenó Ernesto—, primero quiero saber qué es lo que saben o lo que creen saber, y luego decidiré qué hacer con ellos.

Cual mulatos que cargan sus camellos antes de partir hacia el mercado, elevaron hasta sus hombros las dos alfombras colocándose uno delante y dos por detrás, por si tuvieran que salir a toda prisa. Gracias a sus lánguidos cuerpos no tuvieron dificultad en pasar por la puerta, es más, parecían haber ensayado el arte del secuestro miles de veces, puesto que la soltura que demostraban era tan digna de despreciar, como de admirar.

—No hagáis ruido —dijo Ernesto mientras bajaba las escaleras.

Los tres hombres, obedeciendo con total devoción, controlaban sus pisadas hasta el punto de pensar que las suelas de sus zapatos estaban hechas con esponjas en vez de goma.

Cruzaron un alargado vestíbulo, ignoraron al recepcionista que leía el periódico, y abrieron la puerta principal hasta que al final salieron como si nada.

—A la parte trasera de la furgoneta —indicó el jefe.

—¿Cree que no se despertarán?

—Me imagino que tardarán bastante, les hemos rociado anestesia para dormir a un caballo durante un par de horas.

Ernesto entró en la camioneta, cerró la puerta, arrancó y antes de ponerse en marcha giró hacia atrás:

—Creísteis haber escapado pero no es así. Pronto me enteraré de lo que sabéis y hasta dónde habéis llegado.

X

Nada es lo que parece

Maniatados y sin poder moverse, los dos jóvenes despertaban del sueño obligado para verse en un lugar desconocido. La oscuridad únicamente desvelaba matices del entorno que era bañado por unos escasos rayos de luz los cuales se colaban por unas rendijas en lo alto de aquel lugar. A la derecha se distinguía con cierta claridad el cuerpo de un hombre decapitado, aunque enseguida comprendieron que se trataba de una pintura; a la izquierda, la parte menos iluminada, unos andamios de madera se elevaban hasta lo más alto hasta perderse en lo desconocido. El resto podría describirse como objetos cubiertos con plásticos y trastos llenos de polvo.

—¿Estás bien? —preguntó Nino cuando vio a Claudia espabilar.

—Me duele la cabeza, pero ¿dónde estamos?

La confusión llegó a asustarla. Sus pies temblaban y en su rostro se dibujó una mueca de desesperación cuando se percató de que la habían atado.

—¿Qué está pasando? —voceó intranquila mientras intentaba liberarse.

—Creo que nos han atrapado los hombres que nos perseguían por los túneles.

—No es cierto, esto no está pasando —sollozó nerviosa.

—Tranquilízate. Si aún estamos vivos es porque quieren algo de nosotros. Debemos mantener la calma y actuar con inteligencia.

Claudia agachó la cabeza a la vez que apretaba los dientes para conseguir concentrarse.

—Seré fuerte, seré fuerte, seré fuerte —repetía sin parar.

Al cabo de un rato alzó la mirada, aparentemente más calmada, y se dirigió a Nino:

—Vale, ya estoy mejor, ahora cuéntame el plan.

—¿Qué plan?

—El plan que nos va a sacar de este fregado, el plan que siempre me sorprende, el plan que estás fraguando en tu cabeza… el plan —insistió moviéndose de derecha a izquierda.

—*Ahhhh*, ese plan.

—Sí, ese.

—*Pueeeeeeeees*, no tengo ninguno.

—¿Cómo?

—Compréndelo, acabo de despertarme y no he tenido tiempo de pensar en nada, además, estaba preocupado por ti.

—Yo estoy bien, ahora piensa en cómo salir de aquí.

Nino se concentró. Observó su alrededor, se fijó en detalles sin importancia, como muebles o estatuas, forcejeó en la silla intentando soltarse y dijo:

—Creo que tengo un plan.

—¿En serio? —dijo Claudia sorprendida.

Sin comentar nada, Nino inclinó su cuerpo hacia delante, cerró los ojos y se lanzó hacia atrás.

«Craaaaaccckkkk»

Las patas de la silla se hicieron pedazos. Aparte de recibir un fuerte golpe en las costillas, Nino consiguió rodear sus piernas con las manos atadas antes de acercarse a una de las estatuas. Entonces utilizando un canto estropeado como sierra improvisada, empezó a desgastar los hilos de la cuerda hasta que logró liberarse por completo.

—Inclínate hacia adelante —le indicó a Claudia.

Golpeó la silla unas cuantas veces hasta que la destrozó.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí —contestó ella contenta.

—Ahora ve a la parte rota de la estatua e intenta liberarte. Mientras tanto yo buscare la salida.

—De acuerdo.

Los techos de aquél lugar se elevaban hasta perderse en la oscuridad, y no sólo eso, sino que también habían sido construidos como una cúpula invertida, formando un arco que terminaría en formando un pico. La pared exterior se identificaba con facilidad puesto que las ventanas tapiadas no evitaban del todo el paso de la luz. Los luminosos hilos que se posaban como afiladas navajas en la pared contraria, desvelaban los paneles de madera con los que

estaba construida dicha pared. *Son piezas móviles* —pensó Nino extrañado—. Empujó uno de los paneles y comprobó que se movía. *Si le doy un empujón seguro que lo atravieso* —se dijo a sí mismo convencido—. Entonces pensó que llamaría mucho la atención. Continuó examinando la falsa pared dirigiéndose a la parte más oscura de la habitación.

—¡Aquí está! —exclamó contento.

—¿Has encontrado una salida? —preguntó Claudia que acababa de desprenderse de sus ataduras.

—Sí, y no está cerrada.

Cuando abrieron la puerta una intensa luz les cegó durante un instante.

—Muy bien hecho —dijo Ernesto rodeado por una veintena de hombres—. Ahora que os habéis liberado ¿qué pensáis hacer?

Pronto los ojos de los dos jóvenes asimilaron la intensidad de la luz, dándose cuenta de la gravedad de la situación.

—¡Luchar! —gruñó Nino resguardando a Claudia detrás de él—. Si hemos de morir no será sin defendernos.

Ernesto se adelantó dos pasos antes de hablar.

—¿Quién ha dicho que vais a morir?

—Vosotros sois miembros de la iglesia de los muertos.

—Veo que sabéis mucho, quizás más de lo que a priori calculé —contestó Ernesto entrecerrando los ojos—. Para ser exactos, nosotros somos miembros de la orden de los muertos vivientes.

—¡Madre mía! —exclamó Claudia asustada.

—Pero no es lo que os estáis imaginando —aclaró Ernesto.

—¿A no? —reaccionó Nino dudando.

—Por supuesto que no. Pertenecemos a una orden que se dedica en cuerpo y alma a la protección de lo muertos, devolviéndolo a la vida, y no a matar a quienes muestran dotes de curiosidad o inteligencia.

—No entiendo —dijo Claudia abandonando la protección de Nino.

—Vosotros os adentrasteis en los túneles de la ciudad en busca del Templo de los mil cristales o como lo llamasteis anteriormente, la iglesia de los muertos. Lo curioso es que encontrasteis su antigua ubicación.

—Pero si ahí abajo no vimos nada —interrumpió Nino.

—Claro que no, porque lo trasladamos hace tiempo, un poco después de que yo naciera.

—¿Por qué? —preguntó Claudia.

—La respuesta a tu pregunta es muy sencilla, nuestra orden lo trasladó para protegerlo.

—¿De quién?

—De los vándalos, las inclemencias del tiempo, los corruptos, los especuladores… de todos los enemigos del saber.

—Entonces vuestra orden se llama así porque sois los vigilantes de lo muerto que mantenéis vivo —añadió Nino.

—¡Exacto! ¿No os dije que estos jóvenes merecen la pena? —comentó Ernesto mirando a sus compañeros.

—¿Para qué? —preguntó Claudia.

—¿Acaso no os dais cuenta de dónde estáis?

Ambos levantaron la cabeza. Los pilares se curvaban transformándose en un cono gigante recubierto por ventanas por donde la luz envolvía el interior. La circular forma de la base se casaba con el suelo, simbolizando la unión entre la tierra y el cielo, accesible para todos los seres humanos. Las luces artificiales se confundían con el brillo natural, creando destellos muy parecidos al reflejo de un espejo donde se imprimían imágenes del exterior. El cielo, las nubes, el horizonte.

—¡Dios bendito! —exclamó Claudia—, es como si no existiera interior, como si nos encontrásemos fuera de estas paredes.

—Es la interpretación de un sueño, igual que hizo Apolonio cuando construyó el templo —dijo Ernesto situándose tras ellos a la vez que les tocaba en el hombro.

—Pero esto no es antiguo.

—No Claudia, no lo es. Lo que está construido debajo del *Santuario de la Madona delle Lacrime* [4] sí que es la obra maestra de Apolonio.

—Ahora lo entiendo —saltó Nino—, el santuario fue creado para cubrir el templo de los mil cristales sin que este perdiera el acceso a la luz.

—Exacto, la pena es que nunca conseguimos poner en funcionamiento el mecanismo que Apolonio instaló en el templo.

—¿Y eso? —preguntó Claudia sin despegar la mirada del cielo.

—Al parecer es necesaria una especie de llave, un artefacto que

activa el mecanismo. Construimos algunos inventos imitando la forma de la hendidura, pero todavía no hemos conseguido nada.

—¡La cosa! —exclamó Nino.

—¿De qué hablas? —dijo Ernesto embargado por una emoción contagiosa.

—Con el mapa de piel humana encontramos una cosa parecida a un cristal.

—No bromees Nino. ¿Un mapa de piel humana? ¿Un cristal?

—Es una larga historia —le detuvo Claudia—, pero seguro que te apetece escucharla de camino a la *Vespa*.

*

Un par de horas después…

Las escaleras de caracol terminaban en una puerta de madera de bisagras enormes que soportaban el gran peso de aquella obra de arte. Los tallados eran extraordinarios. En la parte superior doce hombres, subidos en las nubes, tiraban de unas cadenas que estaban ancladas en una representación a escala del templo original; en la inferior otros doce hombres tiraban de otras cadenas para acercarlo a la tierra. Era como si el artista desease representar una lucha entre lo divino y lo terrenal por la posesión de dicha maravilla.

—¿Estáis preparados? —preguntó Ernesto antes de abrir las puertas.

Ambos asintieron ensimismados.

El cuerpo central del templo era casi indescriptible. Varias hileras de columnas soportaban el peso del tejado, mientas varios cuerpos de serpientes doradas las rodeaban como si estuvieran protegiéndolas. Las vidrieras, teñidas con el antiguo arte de la alquimia, vislumbraban con los preciosos tonos de colores y sus representaciones. Soles sobre tierras cobrizas, cielos abrazando trigales de oro, mares rodeando tierras verdosas. La creación al completo era expuesta para que los visitantes pudiesen disfrutar de ella.

—Ahora tenéis el honor y el deber de preservar nuestros secretos. Ahora sois miembros de nuestra orden —dijo Ernesto—. ¿Me permitís usar la llave de cristal?

—Sí, por supuesto —contestó Nino confuso pero a la vez contento.

Cuando introdujo el cristal en la ranura las paredes temblaron. La parte superior de las columnas se desplazó deslizándose sobre un sistema de rodamientos que supuestamente todavía no se habían inventado en la época que fueron construidos. Las esquinas de las vidrieras cambiaron de forma, como si una intensa fuente de calor las estuviese derritiendo y el suelo, de mármol blanco, comenzó a brillar de una forma espectacular.

—¡¡¡Madre mía!!! —exclamó Claudia embargada por una sensación de temor y admiración.

Una incontable cantidad de rayos de luz inundaron el templo. Rebotaban de un lado a otro generando una atmósfera imposible de describir. Las estatuas cobraban vida hasta que desaparecían, las tejas del techo se recogían cual escamas de camaleón, las columnas eran rodeadas por las serpientes quedando únicamente un altar en el medio de una nada absoluta.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Ernesto—. Es como estar frente a las puertas del paraíso.

De pronto la luz comenzó a disiparse dejando lugar a un cielo espectacular, el que cubría en aquel momento la ciudad de Siracusa. Las nubes se moldeaban al antojo del viento ante sus propias narices, dando la sensación de estar al alcance de sus manos. A sus pies se rendía la ciudad, con sus calles, edificios, habitantes… todo. Era como si el cielo se transformase en un satélite donde se recoge información sobre lo que existe bajo su lente para luego transmitirla al templo que la interpretaba y la proyectaba.

—No puede ser verdad —comentó Nino anonadado.

—Ya lo creo —aseguró Ernesto señalando el altar situado al fondo del templo.

—¿Qué hay? —preguntó Claudia.

El hombre abrió un cofre de piedra introduciendo una clave en una especie de panel y sacó un libro.

—Este es el Manuscrito Voynich, pero no la copia que se expone en el museo, sino el original. Sus indescifrables páginas describen los mayores secretos del universo. Cómo construir una máquina para crear energía gracias a la fusión nuclear, cómo plegar el tiempo y el espacio, incluso aparecen dibujos donde aparentemente los hombres manipulan el ADN de animales y plantas. Secretos que ni siquiera hoy hemos conseguido descifrar.

—¿Entonces Apolonio llegó a descifrarlo?

—Es posible, Claudia —contestó Ernesto—, pero aún es más probable de que fuese Arquímedes el primero en hacerlo.

—Y sus discípulos utilizaron este conocimiento —interrumpió Nino.

—O parte de él. En el mundo existen maravillas que no somos capaces de explicar su existencia, como este templo. Es nuestra obligación reunirlas, protegerlas, descifrar su significado y compartir el conocimiento adquirido con el resto de la humanidad, aunque sin poner en peligro los hallazgos.

Claudia se separó de ellos para señalar una pared donde no se reflectaba el exterior.

—Al parecer la construcción no ha sido perfecta. Aquí el mecanismo falla.

Ernesto se acercó.

—Es cierto, aunque no creo que sea el diseño de Apolonio lo que falla.

—¿Entonces?

—Tengo la sensación de que al alcalde de Siracusa no le va a gustar cuando le digamos que tenemos que reconstruir el Santuario, *jejejeje*.

Y ahí, donde el cielo lindaba con la tierra, los nuevos miembros de la orden de los muertos vivientes se rieron junto a sus nuevos hermanos, mientras soñaban con los secretos que aún estaban por desvelarse.

ALEXANDER COPPERWHITE (Alcalá de Henares, Madrid 1980). De padre griego y madre española, cuando cumplió los cuatro años se mudaron a una isla llamada Corfú, en el noroeste de Grecia, donde vivió hasta los diecinueve años. Durante esos años viajó a Alemania, Portugal, Reino Unido, Francia, Italia y Austria donde, en este último, estuvo viviendo seis meses, estudiando el idioma y trabajando. Más tarde, también viajó a Brasil, Marruecos, Hungría, Irlanda, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. A los veintiún años se instaló en Las Torres de Cotillas de la región de Murcia, España, donde actualmente vive. Su pasión por la escritura, despertó el día que regresó a su tierra materna. Considera que su mayor logro es su familia (aunque suene a tópico) y espera paulatinamente conseguir entrar en casa de todos gracias a sus relatos.

Ha escrito múltiples relatos y libros detallados en su página personal

http://www.alexandercopperwhite.com/

Notas

[1] Era el arma básica, junto con la espada (*gladius*), del soldado legionario romano. Era del tipo lanza o jabalina y medía alrededor de 2 m. <<

[2] La fuente de la plaza de Arquímedes. < <

[3] Fuente de Artemisa. < <

[4] Señora de las lágrimas. < <